

ravillosas, no lo son menos esos metamorfoseos de las ideas, esa realización del concepto más metafísico en la institución más positiva, ese paso misterioso del producto de nuestras facultades intelectuales que parece perdido y aislado y solitario, como una obra individual, á las leyes y á los principios universales en que las sociedades humanas viven y se rigen.

El pensamiento había formado una legión. El libro había caído como un rayo de luz invisible que sólo llegara á los senos del alma en el fondo de la oscura cabaña. El mundo de las ideas, extendido y universalizado, merced al trabajo de esa máquina llamada imprenta, había producido una especie de atmósfera moral semejante á la atmósfera material, y en cuyo oxígeno respiraban las almas. ¡Oh fuerza de la idea! Entre tantos obstáculos superaban los altos castillos feudales con todos sus muros y todos sus bastiones y contrafuertes; las paredes de la abadía y del monasterio con sus incontrastables vallas morales; las torres de la Iglesia y el prestigio de sus excomuniones; hasta las cimas casi inaccesibles de aquellos tronos que protegían en su sombra la tierra y sustentaban con sus gigantescas personificaciones de la autoridad el cielo. ¡Ah! Los escritores, apartados de los negocios, sin debates públicos donde acerar sus inteligencias, sin acceso alguno á la administración y á la política, llenaban de fórmulas sociales sus libros, pero fórmulas aprendidas en puras investigaciones de su razón y no reforzadas y no corregidas en el verdadero crisol de las ideas políticas, en la sabia experiencia. Desde los libros de religión hasta los libros de oficios é industrias: desde el tratado científico hasta la novela sentimental; desde el sermón preparado para el púlpito hasta la oda escrita para los salones; todas las formas del pensamiento revestían entonces un cierto carácter político, porque la razón humana pretendía con imperiosas pretensiones descender de lo abstruso y de lo etéreo á la tangible realidad. Y existía una creencia general, extraña á todas las enseñanzas de la Historia, pero acorde con aquella filosofía práctica, la creencia de que las ideas se realizaban como se escribían, con la misma facilidad y el mismo sistema y el mismo orden. Y esta creencia, tantas veces desmentida en el mundo por las impurezas de la realidad, pasó desde los literatos al vulgo y formuló aquella revolución que parecía una revolución abstracta, y que en realidad iba á transformar con su calor al mundo después de haber transformado con su luz la conciencia. Así, cuando se estudia aquella erupción de ideas que precede á los hechos, la tempestad universal que truena en las conciencias, la multitud de aspiraciones encontradas, las peticiones dichas y escritas en los varios documentos publicados por todas las asambleas primarias, el grito que se escapaba de la conciencia de aquel pueblo por tanto tiempo sometido al yugo, échase de ver que la revolución moderna, inspirada en ideas científicas, se acerca y se adelanta con la decisión de cambiar profundamente la antigua sociedad y sus usos y sus leyes y sus costumbres para fundar, según el clamor general de los espíritus, una sociedad nueva, puramente basada en las leyes de la razón é independiente de todas las tradiciones y de todas las enseñanzas de la Historia.



CAPITULO NOVENO

Los factores de resistencia y combate á la revolución

Los Reyes europeos, encargados por su oficio y ministerio de contrastar la revolución, habíanse puesto á sus órdenes, protegiendo á los filósofos y cultivando la filosofía, cual si desconociesen la misteriosa correlación existente por necesidad de las ideas con los hechos, entre quienes puede haber alguna distancia, pero como la existente de suyo entre los culebros del relámpago y los estallidos del trueno. No ha cruzado ninguna idea por las abstracciones filosóficas que no haya descendido á la realidad; ya en fórmulas aplicables á las sociedades como á los Estados, ya en tormentosas revolucionarias protestas. La filosofía no se contentaba con principios abstractos; había menester verdaderas encarnaciones de estos principios en lo político y en lo social. Amén de semejante natural tendencia, existía una razón especial para que los filósofos entonces tomasen carácter de políticos y pretendiesen una influencia material y tangible, así sobre los Estados en general, como sobre los gobiernos y las potestades y los principios en particular. Al modo que la filosofía helena tomara en Roma; sobre todo bajo Séneca y el maestro de Marco Aurelio, un carácter práctico, así moral como político, la Enciclopedia se había hecho por aquel tiempo un libro de combate á la monarquía y á la Iglesia, tal como se hallaban constituidas entonces y tal como venían viviendo de antiguo en la sucesión de los siglos. Así los enciclopedistas no constituían en realidad una escuela filosófica; constituían un partido militante, apareciendo siempre armados de todas armas en las escalas que pendían de los fuertes forma-

dos por los antiguos privilegios históricos. Los Reyes, al oírlos, ignoraban que oían sus propias sentencias de muerte. Por muy abstractas, y muy metafísicas y muy viejas que parezcan las ideas, tienen una influencia tan viva y tan constante sobre las sociedades, como la que puedan tener sobre las tierras del cielo, es decir, sobre los planetas, las moléculas del sol separadas del seno suyo por millones y millones de leguas. Cada idea metafísica encerraba una serie natural de futuros hechos que fomentaban sin saberlo en las profundidades insondables del espíritu aquellos mismos que desde lo alto las animaban á soplar, sin saber que incendiarían sus tronos y los reducirían tarde ó temprano á cenizas. Imagináos lo que hacía Pombal en Lusitania, y por lo que hacía Pombal en Lusitania, ministro del Rey José de Braganza, vendréis en conocimiento del instinto al suicidio que impelía la voluntad ciega de todos los Monarcas europeos reinantes en la segunda mitad del siglo último. Dos contrafuertes preservaban al trono de la inundación revolucionaria: el patriciado y el jesuitismo. Por aquél contrastaban los Reyes la rebeldía en el tercer Estado, á quien vigilaban los nobles más de cerca como delegados en realidad de la monarquía; por éste contrastaban la rebelión de los espíritus, pues ningún ejército permanente había ejercido en el mundo la disciplina severa, ni tenido en los espíritus el influjo poderoso que la sociedad de Jesús. Pues, de idéntica manera que Pombal, Federico II. Era el ministro de Portugal, un filósofo estadista; el Rey de Prusia, un filósofo militar. Aunque su gran facultad estaba en el cálculo; y su gloria imperecedera dimanaba de haber con su ciencia perfeccionado así la táctica como la estrategia moderna; el mejor de sus goces y de sus recreos estaba en la filosofía, y la mayor de sus inclinaciones en el ejercicio y culto de las letras. Así, aunque solía decir que para castigar cualquier provincia no hay como entregarla en gobierno á un filósofo; departía con éstos á la continua por escrito y les hablaba de todas las ideas que, aglomeradas en las bases de los antiguos institutos históricos, podían estallar cual estallan la pólvora y lanzarlos en fragmentos por los aires. Pero hay que decirlo: allá en el fondo de su pensamiento y en las entretelas de su alma, Federico II, general de una disciplina material incontrastable, y jefe de un gobierno absoluto, quería ciertos principios de libertad con reconcentrados y sincerísimos afectos. Escribíanse libelos contra su persona, y por la libertad de imprenta, dejábalos correr; carecían de todo asilo en Europa los jesuitas, expulsados de todos los reinos más católicos, y por amor al derecho de asociación, abríales la puerta de su protestante reino. Muy poco dado á las letras alemanas, de las cuales se reía como de cosa bárbara, y contra las cuales llegó á publicar un buen escrito volumen, hacía en el gobierno cuanto le daba la gana, pero en el espíritu rendía parias á la filosofía universal. Así dejaba el derecho de decirlo todo á sus vasallos, con tal que sus vasallos le reconocieran y le dejaran el derecho de hacerlo todo. Idéntico papel representaba, é idéntico método seguía en su trono semi-asiático de Petersburgo la Emperatriz Catalina de Rusia. También ella designaba el filósofo

fo D'Alambert para profesor á su hijo, también ella recibía con entusiasmo á Diderot, y le dejaba decir especies temerarias contra todas las instituciones vigentes; también ella soñaba con un código universal en que todos los principios abstractos de la ciencia contemporánea se hallasen á una contenidos dentro de fórmulas dirigidas á establecerlos y á infundirlos en una sociedad, tan en la infancia, mejor dicho, tan en la barbarie, como la sociedad por ella gobernada. Con excepción de María Teresa, que conservaba la majestad antigua, todos los Reyes habían caído en igual manía, y todos socavaban las bases del poder eclesiástico, sin entender ni alcanzar que realmente socavaban las bases de su propio poder político. Así, alzada sobre tribus incapaces de comprender otras ideas que las caídas del ortodoxo labio de sus popes; ante los recién incorporados poloneses, tan católicos y los viejos esclavones, tan helenos, Catalina daba un banquete de la tolerancia, en el cual celebraba, por los filósofos acompañada, una Eucaristía racionalista. Pero, en tal período, ninguno de los Reyes filósofos comparable al hijo de María Teresa, el famoso emperador de Austria, José II de Habsburgo. El despotismo estaba en el tuétano de sus huesos. Por tanto, no creía ningún seno del espíritu preservable á su voluntad omnipotente y omnimoda. Lo mismo le daba por el romanismo de sus belgas que por el helenismo de sus eslavos. Entraba en las conciencias, como pudiera entrar en los cuarteles, y daba un decreto sobre dogmas como pudiera darlo sobre aranceles. Él persiguió á los jesuitas como todos los Reyes filósofos y distinguió á los judíos contra la voluntad y la fe del pueblo. Creyéndose un Teodosio y un Constantino, arregló el derecho religioso á su guisa, como pudiese arreglar el derecho administrativo. Sin acordarse de cuánta sangre había costado la cuestión del anillo á los príncipes de la Iglesia, resucitábalo ciego en pueril pedantismo. Cuando Pío VI fué á verle para decirlo todos los peligros que corría su trono bajo aquellas temerarias innovaciones, espíritu fuerte como se llamaba entonces á tales despreocupados, gozóse casi con vengar á su antecesor Enrique IV, y tener con esta humillación del Pontificado un Canosa puesto del revés. Dijole Pío VI que con aquella política el trono de los Reyes se convertiría en cadalso. Alzase de hombros, y á los dos lustros, guillonitaban en París la hermosa y memorable archiduquesa de Austria y Reina de Francia, su hermana la infeliz María Antonieta. ¿Qué resistencia podía haber á la revolución, cuando los encargados de mantenerla, no solamente cedían á sus halagos, la llevaban á ellos ceñida como una inseparable y necesaria esposa?

Tales eran los encargados de impedir la revolución en Europa. ¿Quiénes eran los principalmente encargados en Francia? Dos personas: Luis XVI de Borbón y su esposa María Antonieta de Lorena, jefes absolutos del Estado. Descendientes de cien Monarcas, que les transmitían su dignidad; nacidos en los gradas del trono, que les prestaba su sombra; educados en los palacios, tan abiertos á la superstición; puestos en alturas desde las cuales debían descubrir la nacionalidad francesa y sus habitantes como un predio y un ganado; con la creencia de que los privilegios reales superaban á los derechos humanos, y de que

sus saceratísimas personas representaban á Dios vivo en la tierra; debían chocar contra todas aquellas ideas de igualdad promulgadas por la filosofía y admitidas por la plebe hasta herirse en sus frentes, que levantaban sobre todas las frentes con el brillo deslumbrador de sus coronas, y lacerarse en sus corazones penetrados del hondísimo sentimiento de su propia majestad y grandeza. Pocas veces habrá visto la Historia, personalidades tan altas nacidas, para caer tan bajo.

Miremos primeramente al Rey; que hartó lo merece por la originalidad íntima de su carácter. Luis XVI tenía una virtud verdadera: el haberse conservado puro entre su corte y bajo la tutela de su abuelo. Confinado en su palacio de Meudon, á la vista del río, sobre colinas rientes, donde le recluía, no esa contemplación poética de la naturaleza indispensable á las almas grandes, sino el amor á los trabajos vulgares de la industria y á los ejercicios diarios de la caza, crecía y se educaba bien al revés de un Rey, de un jefe del Estado en tiempos procelosos; crecía y se educaba como un gentilhomme de provincia dado á la vida campestre; en la cual sólo aceptaba una distracción, la cerrajería y el ardor constante de la fragua. Cierta defecto, natural á su organismo, le preservaba de los placeres que corrompían y enervaban las mocedades de parientes, amigos, allegados; y con la virginidad de su cuerpo sostenía también la virginidad de su alma. Escasísima la idea de su cerebro cerrado á todas las grandes inspiraciones de la razón y la conciencia; sin fantasía en sus facultades intelectuales, sin esa fantasía que tiene como despierta de continuo el alma, sin la sensibilidad que infiere los grandes tormentos, pero que mueve también á las grandes acciones; sin esos nervios vibrantes por cuyo conducto los temperamentos artistas y heróicos reciben los chispazos de la electricidad esparcida en la atmósfera material y las corrientes misteriosas esparcidas en la atmósfera moral; era el señor aquel un compuesto vulgarísimo de linfa y de sangre, con mucho estómago y con poca alma; bebedor, sin degenerar en borracho; comedor, sin degenerar en glotón; bondadoso y cándido, buen jefe de familia; más propio para guiar el arado que el reino; para coger la lima que el cetro; para administrar una hacienda que para administrar una nación, á causa de sus virtudes domésticas, poco brillantes, pero muy sólidas, y á las cuales no se unía ninguna de esas grandes virtudes públicas capaces de atravesar las más tremendas crisis sociales en sus mayores dificultades y salvar los Estados en sus mayores zozobras y desquiciamientos. De rostro vulgar, de frente mezquina, de ojos apagados, de maneras desgraciadísimas, de aire casi plebeyo, de palabra tarda, de apostura burda, de cortos alcances, de gran debilidad, de alguna falsía; económico hasta ser mezquino; privado de la inteligencia que salvó á Enrique IV, de la educación que sostuvo á Luis XIII, de la majestad y de la grandeza que divinizó á Luis XIV, de la gracia y del ingenio que contrastaban los vicios de Luis XV, descubriase en él tan sólo de su familia en lo fisiológico aquel apetito voraz que los distinguió á todos, y en lo moral aquella tristeza profunda de que fueron víctimas nuestros Reyes Fe-

